

## Prólogo

### *Las huérfanas*

*En una feria de algún rincón de Cornwall. Abril de 1804.*

Tres jóvenes hermanas, sin título ni fortuna, aguardaban bajo el brillo de una lámpara sentadas a una mesa vestida de terciopelo negro.

Encima de la mesa había un anillo perfecto para un príncipe azul.

Escondida tras un velo de ébano, la pitonisa no observaba las palmas de las manos de sus clientas, tampoco sus cejas, ni siquiera sus ojos, sino el anillo, un foco brillante de oro y rubíes que relucía por entre las sombras de todo cuanto lo rodeaba en aquella tienda.

—No tenéis madre.

La voz de la gitana era intensa, pero tan inglesa como la de las chicas.

—Somos huérfanas.

Arabella, la hermana mediana, se inclinó hacia delante y se puso un mechón de pelo cobrizo por detrás de la oreja, tan delicada como una caracola. Sólo contaba doce años y ya era una belleza: tenía unos labios rojos como fresas, las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Tenía aspecto de doncella de cuento de hadas y de ser igual de encantadora, aunque cualquier buen narrador admitiría que no era nada dócil.

—Todo el pueblo sabe que no tenemos madre.

Su hermana mayor Eleanor frunció el ceño por debajo de una trenza dorada recogida en un moño. Eleanor era un ratón de biblioteca y fruncía el ceño a menudo.

—Nuestro barco naufragó y papá nos sacó del orfanato. Él nos acogió y evitó que acabáramos en esos asilos que dan cobijo a cambio de trabajo.

Con la sinceridad propia de los niños, Ravenna explicó esa historia que no recordaba, pero que tantas veces le habían contado. Cuando les ocurrió aquello, ella sólo tenía ocho años. Se revolvió inquieta sobre la suavidad de la alfombra y se le enredó la tela de la falda en las zapatillas. Una diminuta cara canina de color negro asomó por entre los pliegues de muselina.

Arabella se inclinó hacia delante.

—¿Por qué miras el anillo tan fijamente, abuela? ¿Qué te dice?

—Ella no es nuestra abuela —le susurró Ravenna a Eleanor con un tono bastante alto. Cuando habló, se le mecieron los rizos negros—. Nosotras no sabemos quién es nuestra abuela. Ni siquiera sabemos quiénes son nuestros verdaderos padres.

—Es un título respetuoso —le murmuró Eleanor, pero la intranquilidad asomó a sus ojos cuando alternó la mirada entre Arabella y la pitonisa.

—Este anillo es la clave de vuestros destinos —dijo la mujer pasando la mano por encima de la mesa con los ojos cerrados.

Eleanor frunció el ceño con más fuerza.

Arabella se inclinó hacia delante con impaciencia.

—¿Es la clave de nuestra verdadera identidad? ¿Pertenece a nuestro verdadero padre?

La gitana se balanceó de un lado a otro, lo hacía con suavidad, como los tallos de la cebada mecidos por una brisa suave. Arabella aguardó un poco; estaba impaciente. Llevaba nueve años esperando esa respuesta. Cada segundo que pasaba parecía un castigo.

Al otro lado de las paredes de la tienda se escuchaban los sonidos de la feria: música, canciones, risas, los gritos de los vendedores de comida, los relinchos de los caballos en el establo, los balidos de las cabras que estaban a la venta. La feria llevaba toda la vida pasando por aquel remoto rincón de Cornwall. Llegaba cada año, cuando los gitanos venían a pasar las estaciones cálidas en una ladera de la propiedad que el terrateniente local tenía a poca distancia del pueblo. Hasta ese día las hermanas nunca habían ido a que les dijeran la buenaventura. El reverendo siempre les había advertido que no lo hicieran. Era un erudito y un hombre de Dios, y les decía que esas cosas no eran más que

supersticiones a las que no debían dar calor. Pero siempre ofrecía su caridad a los viajeros. No dejaba de repetir que él era un hombre pobre, pero que Dios decía que uno debía compartir lo poco que tuviera con los más necesitados, como había hecho con las tres chicas a las que había salvado de la indigencia hacía cinco años.

—¿El anillo nos dirá quiénes somos? —preguntó Arabella.

La pitonisa tenía una expresión áspera y deslumbrante al mismo tiempo. Tenía las mejillas salpicadas por las marcas de la viruela, pero poseía unas cejas elegantes y mucha belleza en su nariz recia y sus ojos oscuros.

—Este anillo... —entonó la gitana— pertenece a un príncipe.

—¡Un príncipe! —se sorprendió Ravenna.

—¿Un príncipe? —Eleanor frunció el ceño.

—¿Es... es nuestro padre? —Arabella aguantó la respiración.

Las pulseras que la mujer llevaba en la muñeca repicaron cuando negó con el dedo.

—El legítimo dueño de este anillo no es de vuestra sangre.

Arabella dejó caer los hombros, pero levantó su delicada barbilla.

—Mamá se lo dio a Eleanor antes de embarcarnos hacia Inglaterra. ¿Por qué lo tenía ella si es de un príncipe? Ella no era una princesa.

En realidad, y si las sospechas del reverendo eran ciertas, no podía estar más lejos de serlo.

La pitonisa volvió a cerrar los ojos.

—No te estoy hablando del pasado, niña, sino del futuro.

Eleanor le lanzó una mirada desesperada a Arabella.

Esta la ignoró y se mordió el labio.

—¿Y qué tiene que ver con nosotras ese príncipe?

—Una de vosotras... —La voz de la mujer se apagó mientras volvía a extender la mano sobre el anillo con los dedos separados. De repente abrió sus ojos negros—. Una de vosotras se casará con ese príncipe. Y el día que se celebre esa boda, conoceréis el secreto de vuestro pasado.

—¿Una de nosotras se casará con un príncipe? —dijo Eleanor con evidente incredulidad.

Arabella cogió la mano de su hermana para apaciguarla. Ella ya se

había dado cuenta de que la pitonisa era una experta del ritmo y el drama. Pero sus palabras eran demasiado maravillosas.

—¿Quién es? ¿Quién es ese príncipe, abuela?

La mujer apartó la mano del anillo y lo dejó brillar a la pálida luz de la tienda.

—Eso lo tendréis que descubrir vosotras.

El calor se apoderó de la garganta de Arabella y fue seguido de un picor. No eran lágrimas, ella no lloraba con facilidad, sino certidumbre. Sabía que la adivina decía la verdad.

Eleanor se levantó.

—Vamos, Ravenna. —Miró de reojo a la gitana—. Papá nos está esperando en casa.

Ravenna cogió su cachorro y cruzó las puertas de la tienda con Eleanor.

Arabella se metió la mano en el bolsillo y dejó tres peniques encima de la mesa justo al lado del anillo, era todo lo que tenía ahorrado.

La mujer le lanzó una repentina mirada recelosa.

—Guarda tu dinero, pequeña. No lo quiero.

—Pero...

La gitana la cogió de la muñeca.

—¿Quién conoce la existencia de este anillo?

—Nadie. Lo sabían nuestra madre y nuestra niñera, pero nunca hemos vuelto a ver a nuestra madre y la niñera se ahogó cuando se hundió el barco. Lo teníamos escondido.

—Y debéis seguir haciéndolo. —Le apretó los dedos—. Ningún hombre debe conocer la existencia de este anillo, sólo el príncipe.

—¿Nuestro príncipe?

Arabella temblaba un poco.

La gitana asintió. Soltó la mano de la chica y la observó mientras recogía el anillo y las monedas y se lo metía todo en el bolsillo.

—Gracias —dijo.

La pitonisa asintió y le hizo un gesto para que saliera de la tienda.

Arabella retiró la puerta de tela, pero se sentía incómoda y miró por encima del hombro. El rostro de la gitana se había vuelto gris y tenía toda la piel arrugada. Tenía un brillo salvaje en los ojos.

—Señora...

—Vete, pequeña —dijo con aspereza mientras se volvía a poner el velo—. Vete a buscar a tu príncipe.

Arabella se encontró con sus hermanas junto al gran roble que había al lado de los establos de caballos. La feria llevaba más de un siglo reuniéndose alrededor de aquel árbol. La esbelta Eleanor aguardaba de pie. De lejos se veían sus dorados tonos pálidos bajo la gloriosa luz brillante de la primavera. Ravenna estaba sentada en la hierba y cuidaba de su cachorro de la misma forma que otras niñas cuidaban de sus muñecas. Por detrás de Arabella, la música de los violines y las trompas se mecía en el aire cálido, y por delante de ella, los gritos de los vendedores de caballos cerrando sus tratos se mezclaban con el olor de los animales y el polvo.

—Yo la creo.

—Sabía que te lo creerías. —Eleanor dejó escapar un suspiro—. Es lo que quieres creer, Bella.

—Pues sí.

Eleanor no podía entenderlo. El reverendo admiraba su rapidez mental y su amor por los libros. Pero la gitana no mentía.

—Que yo tenga ganas de crérmelo no significa que lo que ha dicho no sea cierto.

—Son supersticiones.

—Sólo lo dices porque es lo que dice el reverendo.

—Pues yo creo que es fantástico que vayamos a convertirnos en princesas.

Ravenna paseó el dedo por la cola del cachorro.

—Todas no —dijo Arabella—. Sólo la que se case con un príncipe.

—Papá no se lo creerá.

Arabella volvió a coger a su hermana de la mano.

—No debemos decírselo, Ellie. No lo entendería.

—No diré nada.

Eleanor la miró con delicadeza. Estaba muy cómoda dándole la mano a Arabella. Por muy escéptica que fuera, no podía ser severa con su hermana. Cuando estaban en el orfanato y Arabella se ganaba unos azotes —o cosas peores—, rezaba cada noche para ser tan inteligente y

reflexiva como lo era su hermana mayor. Pero Dios nunca escuchó sus plegarias.

—No se lo diremos al reverendo —dijo Arabella—. ¿Lo has entendido Ravenna?

—Pues claro. No soy tonta. Papá nunca aprobaría que una de nosotras se convierta en princesa. A él le gusta ser pobre. Está convencido de que eso nos acerca más a Dios.

El cachorro saltó de su regazo y corrió en dirección al establo de los caballos. La niña se levantó de un brinco y se marchó tras él.

—Me gustaría poder hablar de esto con papá —dijo Eleanor—. Es el hombre más inteligente de Cornwall.

—La pitonisa ha dicho que no debíamos hacerlo.

—La pitonisa es una gitana.

—Lo dices como si el reverendo no fuera un gran amigo de los gitanos.

—Es un buen hombre, de lo contrario no hubiera acogido a tres niñas, siendo como es un hombre pobre.

Pero Eleanor sabía tan bien como Arabella cuál era el motivo por el que lo había hecho. Sólo tres meses antes de que se las encontrara muertas de hambre en el orfanato y de descubrir que iban a mandar a Eleanor a trabajar, la fiebre le había arrebatado a su mujer y a sus hijas gemelas. Las necesitaba para curar su corazón, las necesitaba tanto como ellas a él.

—Ya no tendremos que preocuparnos mucho tiempo más por la pobreza, Ellie. —Arabella se sacó el anillo del bolsillo y la joya reflejó el brillo del sol del mediodía como el fuego—. Ya sé lo que tengo que hacer. Dentro de cinco años, cuando tenga diecisiete...

—¡Tali!

Una sonrisa iluminó el rostro de Ravenna. En la esquina del establo de los caballos había un chico vestido con viejas ropas raídas.

Eleanor se puso tensa.

Arabella susurró:

—Sólo lo puede ver el príncipe.

Y se volvió a meter el anillo en el bolsillo.

Ravenna recogió el cachorro y brincó hasta el chico mientras él se acercaba a ella a grandes zancadas. Su piel morena brillaba cálida bajo

la luz del sol que se colaba por entre las ramas del enorme roble. No tenía más de catorce años y era un saco de huesos desgarrado con las mejillas hundidas, pero tenía unos ojos negros como el alquitrán en los que brillaba una desconfianza impropia de su juventud.

—Hola, chiquilla.

Tiró de la trenza de Ravenna, pero por debajo del mechón de rebelde pelo negro que le caía sobre la frente, miró de reojo a su hermana mayor.

Eleanor se cruzó de brazos y se interesó de repente por las copas de los árboles.

El chico frunció el ceño.

—Mira, Tali. —Ravenna le puso el cachorro debajo de la barbilla—. Papá me lo regaló por mi cumpleaños.

El chico rascó una de las orejas peludas del animal.

—¿Cómo se llama?

—¿*Bestia*, quizá? —murmuró Eleanor—. Oh, espera, ese nombre ya está cogido.

El chico dejó de acariciar al perro y se puso tenso.

—El reverendo me ha pedido que os avise; es hora de cenar.

Luego se dio media vuelta y volvió al establo de los caballos sin añadir ni una sola palabra más.

La mirada de Eleanor lo siguió con recelo por debajo de un ceño fruncido.

—Parece que no coma.

—Puede que no tenga la comida suficiente. No tiene ni mamá ni papá —dijo Ravenna.

—Quienesquiera que fueran los padres de Taliesin tuvieron que ser muy guapos —dijo Arabella pasándose el dedo por el pelo.

Recordaba muy pocas cosas de su madre, excepto su pelo, que era del mismo dorado rojizo que el suyo, su suave y apretado abrazo y su olor a caña de azúcar y ron. Eleanor recordaba poco más, y sólo conservaba en la memoria una imagen borrosa de su padre, un hombre alto y rubio que vestía de uniforme.

Arabella estaba segura de que la pitonisa no se lo había dicho todo. Por ahí todavía había un hombre que no tenía ni idea de que sus hijas

seguían con vida. Un hombre que podía decirles por qué su madre las había metido en un barco.

La respuesta la tenía ese príncipe.

Arabella se mordió el labio, pero la determinación le iluminó los ojos.

—Algún día una de nosotras se casará con un príncipe. Es el destino.

—Debería ser Eleanor porque es la mayor. —Ravenna levantó al cachorro y le acarició la tripa—. Luego tú te podrás casar con Tali, Bella. Siempre me trae ranas del estanque, y me encantaría que fuera nuestro hermano.

—No —dijo Arabella—. Taliesin está enamorado de Eleanor...

—Eso no es verdad. Me odia y yo creo que es despreciable.

—... y yo espero casarme mejor.

Apretó los dientes con firmeza, como lo haría cualquier hombre que le doblara la edad.

—¿Con un caballero? —preguntó Ravenna.

—Más aún.

—¿Con un duque?

—Un duque no es suficiente. —Volvió a sacarse el anillo del bolsillo y su peso le dejó una marca en la mano—. Me casaré con un príncipe. Conseguiré que volvamos a casa.



# 1

## *El pirata*

*Plymouth, agosto de 1817*

Lucien Westfall, antiguo comandante del *Victory* de Su Majestad, conde de Rallis, y heredero del duque de Lycombe, estaba sentado en una esquina de la taberna. Ya hacía mucho tiempo que había aprendido que con una esquina a su espalda podía advertir el peligro acechándolo desde cualquier dirección. Y en ese momento la esquina le proporcionaba las ventajas derivadas de tener un campo de visión limitado.

En esa ocasión, el campo de visión limitado contenía un paisaje especialmente interesante.

—Pareces un halcón, chico. —Gavin Stewart, médico de abordó y sacerdote, levantó su jarra de cerveza—. ¿Esa chica sigue mirándote?

—No. Te está mirando a ti. En realidad, te está fulminando con la mirada. —Luc cogió de la mesa la carta del administrador de fincas de su tío, dobló las páginas, y se las metió en el bolsillo de su chaleco—. Creo que quiere que te marches.

—Te quiere a ti. Como todas. Es por la cicatriz. —Gavin se recostó en la silla y se rascó las patillas, negras y ralas—. A las mujeres les gustan los hombres peligrosos.

—Si eso es cierto, estás condenado a una vida solitaria, viejo amigo. Aunque supongo que ya lo estabas de todos modos.

—Gajes de los votos —dijo el sacerdote riendo con alegría—. ¿Es guapa?

—Es posible. —Lo miraba interesada con unos ojos bonitos, brillantes incluso a la luz de las lámparas que iluminaban la taberna. Tenía

la nariz bonita y la boca también—. Aunque podría ser una profesora. —Llevaba un pañuelo que le cubría el pelo por completo, y la capa abrochada hasta el cuello. Por debajo asomaba un cuello blanco y largo—. Va tan tapada como una virgen.

—La madre de nuestro Dios era una virgen, muchacho —le reprendió Gavin. Y añadió—: ¿Y dónde está la diversión cuando no hay que esforzarse para conseguir el tesoro?

Luc alzó una ceja.

—Qué tiempos aquellos, ¿no, padre?

Gavin soltó una buena carcajada.

—Ya lo creo. —Tenía un pecho ancho como sus antepasados escoceses, y a Luc siempre le había relajado escucharlo reír—. ¿Y desde cuándo sabes tú tanto sobre profesoras?

Desde que a los once años Luc escapó de la propiedad donde su tutor los retenía a él y a su hermano pequeño, y se topó con una escuela privada para señoritas. La directora, tras una suave reprimenda, lo devolvió a su casa, donde recibió un castigo que no habría imaginado ni en la peor de sus pesadillas.

Luc no se creyó el sermón de su tutor sobre los diablos de la tentación que se encontraban en la carne femenina. Aunque después de los primeros meses dejó de creerse nada de lo que decía el reverendo Absalom Fletcher. Los hombres malos suelen mentir. Al día siguiente volvió a escaparse y corrió hasta la escuela con la esperanza de encontrarse de nuevo con la directora paseando, y lo repitió al día siguiente, y al siguiente, iba en busca de una aliada. O sólo de un refugio. Y cada vez que lo hacía, los sirvientes lo volvían a arrastrar de vuelta a casa de su tutor, donde el castigo que recibía por haber desobedecido era más severo que el día anterior.

El chico los recibía con lágrimas silenciosas cargadas de desafío que corrían por sus mejillas. Hasta que Absalom descubrió su verdadera debilidad. Y entonces Luc dejó de desobedecer. Entonces se convirtió en un modelo de comportamiento ejemplar.

—Conozco a las mujeres —se quejó Luc—. Y ese es el problema.

Dio un trago de whisky. Quemaba, y a él le gustaba que quemara. Cada vez que ella lo miraba, tenía un presentimiento desagradable.

Observaba la concurrida taberna del muelle con movimientos seguros y directos, y levantaba la barbilla como si fuera la reina y estuviera en plena inspección real. Era evidente que no acostumbraba a frecuentar esa clase de establecimientos.

Gavin dejó la jarra vacía en la mesa.

—Te dejaré a expensas de la dama. —Levantó su maltrecho cuerpo de la silla. Aún no había cumplido los cincuenta, pero ya estaba cansado del mar al que se había entregado por el bien de Luc, hacía ya once años—. ¿Supongo que no querrás disfrutar de unas pequeñas vacaciones en ese castillo tuyo cuando dejemos a la tripulación en Saint-Nazaire? ¿O ir a visitar al granuja de tu hermano?

—No hay tiempo. El grano no viajará solo hasta Portugal.

Luc intentó quitarle importancia, pero Gavin lo entendía. La hambruna del año anterior todavía asolaba algunas zonas. La gente se moría de hambre. No podían dejar de trabajar para irse de vacaciones.

Y sencillamente necesitaba estar en el mar.

—El grano. Claro —dijo Gavin, y salió de la taberna.

Luc se bebió el resto del whisky y esperó. Conocía muy bien a las mujeres, las conocía de todas clases, y aquella ni siquiera se estaba molestado en fingir desinterés.

Se abrió paso por entre la escandalosa multitud con cuidado de no tocar a nadie mientras avanzaba. Hasta que no se detuvo frente a él al otro lado de la mesa, no pudo verle bien los ojos: azules, brillantes y recelosos. La mano con la que se agarraba la capa sobre el pecho era delicada, pero las venas que se adivinaban bajo su pálida piel eran fuertes.

—Eres el hombre al que llaman el Pirata.

No era una pregunta. Por supuesto que no lo era.

—¿Ah, sí?

Alzó una ceja.

—Me han dicho que debía buscar a un hombre moreno con una cicatriz en el ojo derecho, un pañuelo de rayas negras y un ojo izquierdo de color verde. Como estás sentado en la sombra, no me queda muy claro el color de tu ojo. Pero tienes una cicatriz y llevas tapado el ojo derecho.

—Puede que yo no sea el único hombre de Plymouth que encaje con esa descripción.

Entonces se alzaron dos cejas. La curva de su nariz era impoluta, no tenía ni una sola mancha en la piel, y brillaba a la luz tenue que se colaba por la ventana que Luc tenía a la espalda.

—Ya no quedan piratas —dijo—. Sólo marineros pobres que regresaron de la guerra con patas de palo y parches en los ojos. Es estúpido y probablemente también irrespetuoso que te hagas llamar así.

—Yo me hago llamar de pocas formas.

Ni capitán Westfall, ni heredero del duque de Lycombe. Y en cualquier caso la última opción era muy improbable. La tía de Luc, la joven duquesa, nunca había conseguido dar a luz a ningún hijo, a pesar de haberlo intentado en cinco ocasiones. Pero eso no significaba que el sexto no pudiera sobrevivir. Por eso en el año que había pasado desde que dejó la marina para perseguir metas más nobles, sólo se le conocía como capitán Andrew del bergantín mercante *Retribution*. Una vida sencilla y sin complicaciones familiares que servía su propósito.

El Pirata era un apodo estúpido que le había puesto su tripulación.

—Entonces, ¿cuál es tu verdadero nombre, señor? —preguntó.

—Andrew.

—¿Cómo estás, capitán Andrew?

Pensó que le iba a hacer una reverencia. Pero no lo hizo. Lo que hizo fue tenderle la mano para que se la estrechara. No llevaba anillo. Entonces no era una viuda de la guerra, esa guerra que había mantenido a su hermano Christos escondido a salvo en Francia alejado del alcance de su familia.

No aceptó la mano que le tendía.

—¿Qué quieres de mí, señorita, aparte de, por lo visto, aleccionarme sobre los peligros de la guerra?

—Tus modales son deplorables. Puede que sí seas un pirata después de todo.

Pareció plantárselo en serio mientras se mordía el labio. Su labio inferior era del mismo color que las fresas.

Delicioso.

Hacía demasiado tiempo que Luc no degustaba un par de labios tan dulces como esos.

—Supongo que estoy ante una experta en modales —dijo él con evidente desinterés.

—En realidad, sí. Pero eso carece de importancia. Necesito viajar al puerto de Saint-Nazaire en Francia, y me han dicho que tu barco parte hacia allí desde este puerto mañana mismo. Y también... —Lo observó despacio, empezó por su rostro y fue bajando por sus hombros y su pecho hasta que un ligero rubor trepó por sus mejillas—. Me han dicho que eres el capitán más adecuado para llevar a una dama.

—¿Ah, sí? ¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo. El capitán del puerto, el hombre de la tienda que hay al otro lado de la calle, el camarero de este establecimiento. —Entornó los ojos—. No serás un contrabandista, ¿verdad? Tengo entendido que, a pesar de que la guerra ya ha acabado, siguen existiendo en algunos puertos.

—En este puerto no. —Por lo menos últimamente—. ¿Y crees en la palabra del capitán del puerto, del tendero y de aquel camarero?

La joven frunció el ceño.

—Sí. —Hizo una pausa y pareció cuadrar sus estrechos hombros—. ¿Me llevarás a Saint-Nazaire?

—No.

Volvió a levantar la mandíbula de esa forma que provocaba esa extraña sensación en el pecho de Luc.

—¿Es porque soy una mujer y usted no permite mujeres a bordo? He oído decir que es un pensamiento común entre los piratas.

—Señorita, yo no soy...

—Si no eres un pirata, ¿por qué te cubres el ojo de esa forma? Es un artificio para asustar a mujeres indefensas, o es que sólo pudiste encontrar tela de esa amplitud y longitud en concreto?

«Bruja de lengua viperina.» No podía estar tomándole el pelo. O flirteando. No parecía propio de aquella correcta profesora de escuela.

—Como imagino que deja bien claro la cicatriz, lo que ve no es un artificio, señorita...

—Caulfield. De Londres. Hasta hace poco trabajaba para una dama y un caballero de considerable posición. —Sus ojos volvieron a resbalar por su pecho—. A quienes no creo que usted conozca. En cualquier caso, me contrataron como institutriz de comportamiento para su hija, que es...

—¿Una institutriz de comportamiento?

—Interrumpir a una dama es el colmo de la mala educación, capitán Andrew.

—La creo.

—¿Qué?

—Que es usted una institutriz.

Le brillaron los ojos, unos magníficos, grandes y expresivos ojos del color de los acianos al sol.

—Una institutriz de comportamiento —dijo— es la persona que se encarga de enseñar a una jovencita de buena cuna los modales adecuados y las reglas sociales necesarias para entrar en sociedad, además de guiarla en el proceso durante su primera temporada en la ciudad. Pero no creo que usted sepa nada sobre modales y reglas sociales. No es así, ¿capitán?

Oh. «No.» Por magníficos que fueran sus ojos, lo último que necesitaba a bordo era una profesora virginal, lo necesitaba tanto como una espada apuntando a su ojo izquierdo.

Se levantó.

—Escuche, señorita quienquiera que sea, mi barco no es un transporte público.

—¿Y qué clase de barco es?

—Una embarcación mercantil.

—¿Y qué clase de mercancía transporta?

—Grano. —Para gente que no puede permitirse tales mercancías—. Verá, ahora no tengo tiempo para interrogatorios. Tengo que supervisar un barco y prepararlo para poder zarpar mañana.

Ella alzó la barbilla de esa forma tan desenfadada y rodeó una silla para cortarle el paso.

—Tu ceño fruncido no me asusta, capitán.

—No pretendía ni asustarte ni fruncir el ceño. Es por culpa de este inconveniente artificio.

Se dio un golpecito en la mejilla y dio un paso hacia ella.

Ella se quedó quieta, pero pareció vibrar sobre las puntas de los pies. Era muy pequeña, apenas le llegaba a la barbilla y, sin embargo, se mantenía recta y decidida.

No pudo contener una sonrisa.

—Por mucho que te pongas de puntillas no me vas a parecer más alta, ¿sabes? No me siento intimidado.

Ella apoyó los talones en el suelo.

—Puede que te guste fingir una mala reputación con ese disfraz de pirata.

—Ya volvemos a estar con la acusación de piratería. —Negó con la cabeza—. Ya te habrás dado cuenta de que no llevo ningún garfio en la muñeca ni hay loros sobre mi hombro, ¿no? Y ya tengo toda la mala reputación que quiero sin tener que hacer ningún papel.

Los herederos de ducados solían tenerla, incluso Luc, a pesar de estar tan distanciado de su tío. Pero la última carta que había recibido del administrador de su tío parecía desesperada. La fortuna de Combe estaba en peligro. Y por mucho que quisiera ayudar, Luc no tenía ninguna autoridad para cambiar las cosas. Todavía no era el duque. Y debido al interesante estado de su joven tía, quizá no llegara a serlo nunca.

Cruzó el poco espacio que quedaba entre ellos.

—En cuanto a lo otro, yo disfruto de las diversiones típicamente masculinas.

Se permitió darle un lento repaso. Iba más tapada que una monja, pero tenía los labios carnosos y unos ojos...

Realmente magníficos. Impresionantes. Estaban llenos de emoción e inteligencia, cosa que no tenía ninguna necesidad de encontrar en una mujer.

—En ese caso —dijo ella. Los magníficos acianos se volvieron directos—. Dime el precio que debería pagarte para que me llesves a Saint-Nazaire, y te daré el doble.

Observó la capa y el cuello de la chica. Bonitos, sí. Estaba claro que había recibido una buena educación. Era posible que fuera institutriz de jovencitas que entraban en sociedad. Pero en ese momento estaba sola y le suplicaba ayuda para abandonar Plymouth.

Sospechoso.

—No puedes doblar mi precio.

—Ponlo y lo haré.

Le dio un precio lo bastante alto como para llevarla a cualquier puerto de la costa bretona y traerla de vuelta tres veces.

A la joven se le pusieron las mejillas un poco grises. Entonces volvió a levantar la barbilla. En aquella taberna mal iluminada llena de marineros escabrosos, parecía un arbolito en un pantano, e igual de desafiante.

—Lo pagaré.

—¿Ah, sí? —Era probable que Luc estuviera disfrutando más de lo que debería de aquella situación—. ¿Con qué, pequeña profesora?

Ella entornó los acianos.

—Ya te he dicho que soy institutriz. Y muy buena. A mí me buscan las familias más influyentes de Londres. Tengo fondos suficientes.

Luc deslizó la mano por el pliegue de la capa que tenía en el cuello de un rápido movimiento y tiró de ella hasta que la abrió.

Ella trató de coger la tela.

—Pero ¿qué...?

La agarró de la muñeca con la otra mano. Llevaba un vestido gris. La parte del corsé y el hombro que dejó al descubierto al tirar de la capa era muy sencilla, pero estaba hecho con tela de buena calidad y muy bien cosido. Y escondido bajo la tela del cuello asomaba un pequeño bulto redondo.

—Por lo visto no tienes nada de pequeña profesora de escuela —dijo.

—Ya te lo he dicho.

Le tembló la voz por primera vez.

—Pues sí que pareces una institutriz. —A excepción de esos ojos espectaculares—. Es una lástima.

Cuando la chica inspiró hondo, se le hincharon los pechos y le



presionaron el antebrazo con suavidad, cosa que provocó una reacción viril en él que le resultó desalentadoramente ajena y muy placentera a un mismo tiempo.

—Mis superiores prefieren que vista con modestia para que no llame la atención de hombres rapaces —dijo—. ¿Eres de esa clase de hombres, capitán?

Sus labios de fresa eran preciosamente móviles. Quería ver esa lengua afilada que tenía. Si fuera tan tentadora como sus labios, quizás acabara aceptándola a bordo después de todo.

—Últimamente no —dijo—. Pero estoy abierto a la inspiración.

La joven apretó sus labios de fresa.

—Capitán, me da igual lo que pienses de mí. Lo único que quiero es que me permitas comprar un pasaje para viajar en tu barco.

—No quiero tu oro, pequeña institutriz.

—Y entonces, ¿qué clase de pago aceptarías?

Dejó escapar un frustrado suspiro por la nariz, pero su garganta hizo un precioso baile nervioso. Dios, era realmente hermosa. Ni siquiera su indignación podía disfrazar el puro azul de esas flores de verano, sus pestañas morenas, el delicado aleteo de sus fosas nasales, la suave hinchazón de sus labios, tan satinada como las perlas de río escocesas, y la curva de porcelana de su cuello. Y su olor... Lo mareaba. Olía como las dulces rosas de las Indias y a lavanda de la Provenza, como las camas de cuatro postes de París y la reconfortante visión del pecho de una mujer vestida con satén y encajes; en definitiva, olía a todo lo que contradecía su modesta apariencia y a cualquier cosa que hubiera en aquella ciudad portuaria.

—Sé cocinar y limpiar —dijo—. Si prefieres el trabajo al dinero, trabajaré para ganarme mi billete a Saint-Nazaire. —Su voz sonaba más firme—. Pero mi cuerpo no está en venta, capitán.

Por lo visto, además de ser institutriz también tenía el poder de leer la mente.

—No lo deseo —mintió.

Deslizó la mano por el borde de la tela que le cubría la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos, pero siguió inmóvil mientras le rozaba la suave nuca con los dedos. Su pelo era pura seda contra la piel del capi-

tán, y notó que el moño que ocultaba la tela era bien pesado. Largo. Le gustaba el pelo largo. Se enredaba de formas muy interesantes cuando una mujer se despistaba.

—Entonces...

Separó los labios. Unos labios que pedían besos a gritos. No le costaba imaginarse esos labios calientes y flexibles bajo los suyos. Sobre él. Seguro que todos los rincones del cuerpo de aquella joven eran suaves y flexibles. Lo veía en sus ojos brillantes y en la respiración acelerada que le ceñía el vestido a los pechos. Ella se esforzaba por parecer fría y relajada, pero esa no era su verdadera naturaleza.

Su verdadera naturaleza quería sentir las manos de ese hombre sobre su cuerpo. Si no, ya se habría marchado de la taberna.

—¿Qué quieres?

Sus palabras volvían a sonar vacilantes.

—¡Ajá! No es tan estirada como parece, caballeros —murmuró por debajo de las risas ásperas que explotaron en la mesa cercana de unos marineros.

—¿Qué sabes tú de caballeros?

Muy poco. Sólo sabía lo que vivió en la guerra, cuando Christos ya estaba a salvo en el castillo, y él pudo disfrutar de la compañía de los demás oficiales como el señor que era por nacimiento.

—¿Y tú eres una experta en el tema?

Jugueteaba con los dedos.

—No. ¿Qué es lo que quieres? —repitió ella con sequedad.

—¿Puede que esto?

Metió el pulgar en el lazo que llevaba al cuello. La joven jadeó e intentó soltarse. Él tiró del lazo hacia arriba y el medallón resbaló del cuello del vestido.

No era un medallón. Era un anillo de hombre, grueso, de oro y con un rubí del tamaño de una moneda de seis peniques que brillaba como la sangre.

—No.

La joven posó la mano sobre el anillo.

Luc la soltó y dio un paso atrás. Era preciosa. Pero no parecía la amante de nadie. Vestía de un modo demasiado vulgar y era demasiado

delgada como para complacer a un hombre con el dinero suficiente como para gastarlo en la cama.

Pero las apariencias podían engañar. Absalom Fletcher parecía un ángel.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Un regalo de un cliente satisfecho?

Ella pareció recular.

—No.

—Hay que tener muy mal gusto para darle tu anillo a una mujer, en lugar de comprar uno para ella. Tendrías que haberlo dejado mucho antes. ¿O no lo has hecho? ¿Es con él con quien vas?

Los acianos se cerraron.

—Este anillo no es de tu incumbencia.

—Lo es si pretendes subirlo a mi barco. Eso que llevas ahí no es ninguna baratija. ¿Adónde te diriges con él?

Se lo volvió a guardar en el vestido.

—Voy a una casa cerca de Saint-Nazaire para ocupar un nuevo cargo, y tengo que empezar antes del uno de septiembre. ¿Y tu qué crees que haces rebuscando bajo el vestido de una mujer indefensa? Deberías avergonzarte de ti mismo, capitán.

—Si tú eres una mujer indefensa, todavía me queda mucho que aprender sobre mujeres.

—Quizá primero deberías aprender generosidad y compasión. ¿Me aceptarás a bordo?

Una cara bonita. Bien educada. Pidiendo ayuda con desesperación. La amante repudiada de un hombre rico. Ansiosa de abandonar Plymouth. ¿Habría robado el anillo?

No necesitaba esa clase de problemas.

—No —dijo—. Otra vez.

Se marchó en dirección a la puerta.

*A*rabella tenía la sensación de tener una piedra enorme presionándole los pulmones. Aquello no podía acabar de esa forma, no podía acabar rechazada en una sórdida taberna por un hombre que parecía un pirata, y todo porque había sido tan tonta de perder su barco.

Pero no tuvo corazón de dejar solos a aquellos niños. El pequeño no tenía más de tres años, y sus hermanos se esforzaban por ser valientes, a pesar de lo asustados que estaban. El mayor, un chico moreno y serio, le recordaba a Taliesin, el pupilo del reverendo, y lo más parecido a un hermano que había tenido. Ella no podía abandonar a esos niños como hizo su madre con ellas, incluso sabiendo que si se quedaba con ellos acabaría perdiendo el barco.

El barco que debía llevarla hasta el príncipe.

No se quedaría mucho tiempo en el castillo. La carta de contratación que recibió decía que la familia real partiría hacia el palacio de invierno el 1 de septiembre. Si llegaba después de ese día, tendría que viajar por sus propios medios.

Y como siempre le mandaba el dinero que le sobraba a Eleanor, no tenía fondos para invertirlos en más viajes. Además, tenía que dar una impresión excelente. Su trabajo consistiría en preparar a la princesa para la temporada de Londres. Entonces quizá —si tenía mucha suerte y los sueños se hacían realidad— el príncipe llegaría a fijarse en ella. No sería la primera vez que uno de sus jefes se fijaba en ella y acababa por gustarle demasiado la guapa institutriz. No sería el primero en absoluto.

Sin embargo, en esa ocasión, agradecería las atenciones.

Se dio media vuelta y se abrió paso por la abarrotada taberna siguiendo la senda del capitán. Tenía las espaldas anchas, caminaba con seguridad, y los hombres se apartaban a su paso.

—Te ruego que lo reconsideres, capitán —le dijo cuando cruzaba la puerta y salía a la calle. Apretó los puños para ahuyentar el miedo—. Tengo que llegar al castillo antes del uno de septiembre o perderé mi trabajo.

Él se detuvo.

—¿Por qué no reservaste pasaje en un *ferry*?

—Sí que lo hice. Pero perdí el barco.

Se mordió el labio. Era el único mal hábito de la infancia que no había sido capaz de dominar. La diligencia pública en la que había viajado desde Londres la había dejado baldada. Pero imaginar el viaje por mar era mucho peor. Durante las dos últimas décadas sus pesadi-

llas estaban pobladas por aguas revueltas, relámpagos y muros de llamas. Había aguardado en una esquina del bar de la posada esforzándose por controlar sus temblores hasta que anunciaron la salida de su barco. Se obligó a ponerse en pie y a salir desesperada por averiguar quién era de una vez por todas.

Y entonces fue cuando se encontró a los niños en el jardín de la posada.

—Tuve que ocuparme de un asunto importante —le respondió de forma evasiva.

Las luces de las lámparas proyectaban sombras inestables en el rostro del capitán. Probablemente tuviera un rostro muy atractivo antes de que lo desfigurara esa cicatriz, con un mentón sólido ensombrecido por la barba incipiente, patillas y un único ojo verde asomando bajo una hilera de espesas pestañas. Su pelo negro le acariciaba el cuello y se caracoleaba por encima del pañuelo que llevaba anudado a la cabeza.

—¿Un asunto más importante que tu nuevo trabajo en un castillo? No la creía.

—Ya que preguntas —le dijo con cautela—, antes de partir para Francia tengo que llevar a tres niños con su padre.

La miró sorprendido.

—Niños.

—Sí. —Se volvió e hizo un gesto en dirección al alero de la taberna. Debajo había tres pequeños cuerpos que lo observaban con nerviosismo acurrucados contra la pared—. Su padre los espera al otro lado de la ciudad. Mientras intentaba ponerme en contacto con él, mi barco partió sin mí —llevándose su equipaje, otro problema en el que no podía pensar hasta que no resolviera su primera dificultad. Pero las crueldades cotidianas del orfanato le habían enseñado a tener recursos, y trabajando para debutantes consentidas había aprendido resistencia. Estaba segura de que lo conseguiría.

—Me siento aliviado. —El capitán Andrew apretó con fuerza el ala de su sombrero y se le marcaron todos los tendones de la mano—. Me siento aliviado de saber que te cuidas de tu progenie, a pesar de abandonarlos.

—No me has entendido bien, capitán —dijo por encima del traqueteo de un carruaje que pasaba por la calle. Se obligó a hablar con la misma tranquilidad con la que lo haría si estuviera sentada en una elegante casa de Grosvenor Square recomendando la muselina blanca en lugar de la seda rosa—. No son hijos míos. Me los he encontrado en el jardín de mi posada. Su madre los ha abandonado y yo me he propuesto ayudarlos a encontrar a su padre.

Entonces el capitán se volvió hacia los niños. El sol poniente se reflejó sobre sus amplios hombros y proyectó reflejos dorados en su pelo. Era un hombre desaliñado e intenso. No se podía decir que tuviera un atractivo común, pero desprendía una belleza áspera y extrañamente mítica. Su mirada oscura la hacía sentir rara por dentro. Poco sólida.

Separó los labios, pero no dijo nada, y por un momento pareció vulnerable.

Ella ladeó la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa.

—Ya veo que te he sorprendido, capitán. Es evidente que ahora tendrás que replantearte las cosas. Y mientras lo haces, espero que reconsideres la verosimilitud de que yo pueda ser madre de un niño de doce años. —Hizo una pausa—. En nombre de mi vanidad.

El capitán sonrió. Se le dibujó una sencilla curva en la boca que ponía al servicio de un hombre adulto un par de labios masculinos devastadores.

—He sido un grosero. —Se cruzó de brazos y apoyó el hombro contra el marco de la puerta—. Te pido disculpas, señora.

—Aunque por lo visto sin ninguna sinceridad. Te lo ruego, capitán, ¿me llevarás a Saint-Nazaire?

La sonrisa desapareció, cosa que pronunció todavía más la cicatriz que tenía en la mejilla derecha. Parecía una herida reciente. Ya hacía un año y medio que había acabado la guerra, pero él tenía el porte y la actitud autoritaria de un comandante naval.

No le importaba que fuera el mayor dirigente de la marina y su barco fuera un buque con cien cañones de la flota, siempre que la llevara cuanto antes a su destino.

—¿Cómo has encontrado la casa de su padre? —preguntó.

—He preguntado. Puedo ser muy insistente cuando me lo propongo.

—Estoy empezando a darme cuenta. —Se separó de la puerta y echó a caminar por la calle—. Puedes venir.

—¿Sí?

La joven les hizo una señal a los niños y se apresuró tras él.

La miró mientras intentaba seguir sus largas zancadas, y se detuvo a media calle. No parecía importarle el paso de caballos, carruajes y otros peatones, y se quedó delante de ella como si le perteneciera toda la avenida. Le brillaba un poco el ojo. La joven supuso que sería un reflejo de la luz del sol. Era una imagen extraña. Parecía estar al mando y confundido a un mismo tiempo.

Señaló un edificio que había al otro lado de la calle.

—Dile mi nombre al tipo que encontrarás al otro lado de esa puerta. Explícale que yo he ordenado que te acompañe a casa de los niños y que te traiga de vuelta a tu posada esta noche.

—Pero... No. —Arabella se pegó las manos frías a la falda—. No es necesario. Quiero decir que...

—Es un buen hombre. Trabaja para mí, y tanto tú como los niños estaréis mucho más seguros cruzando esta ciudad en su compañía. —Volvió a fruncir el ceño—. Si no haces lo que te digo, señorita Caulfield, no te llevaré a Saint-Nazaire en mi barco.

Le dio un vuelco el corazón.

—¿Me llevarás hasta allí?

En su barco. Por el mar.

Arabella pensó que debía hacerlo.

El capitán le observó la cara y los hombros.

—¿A casa de quién vas, pequeña institutriz?

Ya no le estaba tomando el pelo. Tenía que ser sincera.

—Voy a Saint-Reveé-des-Beaux. Pertenece a un lord inglés, pero el príncipe de Sensaire vive allí y me ha contratado para que le dé clases a su hija antes de que haga su debut en la sociedad londinense esta Navidad.

—Saint-Reveé-des-Beaux —repitió.

—¿Lo conoces, capitán?

—Un poco. —Frunció el ceño—. Señorita Caulfield...

—¿Sí, capitán?

—Mi barco no es una embarcación de pasajeros. No habrá más mujeres, ni buenas cenas ni otros entretenimientos. Una vez abordo, estarás a mi merced. Sólo a la mía. ¿Comprendes lo que te digo?

—Yo...

Como se lo había recomendado tanta gente, no había pensado en ello. Había sido una ingenua y dio por hecho que sería un caballero. Pero no era la primera vez que un caballero le mentía.

No tenía elección.

—Lo comprendo.

—Zarparemos al alba. Con o sin ti.

Se marchó y Arabella dejó escapar un suspiro tembloroso. Se esforzó por esbozar una alegre sonrisa, se dio media vuelta e indicó a los niños que se acercaran.